

que mantiene la unidad de un estro poético personal. Hay emoción y hondura en «Hombre» y «Madre», una leve tristeza en «Tú», «Días inútiles» y «Carmen», una suave nostalgia en «Capri», «Solange», «Parque Rodin» y «Mi capa española en Berlín», una abierta ternura en «Está ahí, junto al árbol» e «Hija del corazón», un fresco hálito panteísta en «Viento» y «Baño de sol», y un constante acento de admiración en sus romances y poemas inspirados en la muda y absorta contemplación de la cordillera que tanto ama y admira este fino poeta contemplativo.

Hacía falta una «Antología» como la que comentamos. La Editorial EMECE merece las felicitaciones de los pueblos de habla hispana, por haberles ofrecido la oportunidad de conocer en sus diferentes aspectos a uno de nuestros mejores poetas contemporáneos. El público chileno, que ha sabido apreciar y gustar la poesía de Carlos Préndez Saldías, tiene también ahora la oportunidad de encontrar en un solo haz las melodiosas y líricas gavillas de uno de nuestros poetas que ha sabido permanecer fiel a sí mismo, por encima de modas y ultraísmos, prestigiándose y enriqueciendo a la literatura continental.—G. D.



<https://doi.org/10.29393/At278-19RHGD10019>

ROBLE HUACHO, de *Daniel Belmar*

Terminada la lectura de «Roble Huacho», de Daniel Belmar, permanece con nosotros la íntima impresión de que hemos tomado contacto con uno de nuestros buenos escritores. Sorprende, en primer lugar, que un primer libro logre esa contextura espiritual, esa riqueza de colorido vernáculo, el pleno conocimiento de ese «algo» que los escritores sólo alcanzan después de prolongados y lentos esfuerzos a través de la difícil y celosa tarea de las letras.

«Roble Huacho» es la vida de un poblacho de la frontera chilena, vista con los ojos y el alma de un boticario. Pero no un boticario banal, poseído por el espíritu utilitario tan común entre los del oficio, sino un boticario que, desde detrás del mesón de su negocio, mira como la vida mansa, triste y negra de los humildes, transcurre regada por el desamparo.

Pancho Ríos, el protagonista, es una especie de símbolo del profesional que, con su baúl vacío y su título bajo el brazo, se lanza a la vorágine de la vida para ganar dinero para sí y para los suyos, pero que, golpeado brutalmente por la miseria que lo circunda, termina por caer en el más sórdido desaliento, entre gentes ignorantes, politicastros mediocres, funcionarios venales y prostitutas de a cinco pesos la noche. Entre ese pequeño mundo sórdido y maloliente, Solveig se nos aparece como una lámpara en las tinieblas. Es ella la que ilumina las páginas densas y dolorosas de «Roble Huacho». Ella la que simboliza la parte buena de la vida, la parte que salva al que se aproxima a su presencia como a una tabla de salvación.

Pero Daniel Belmar, con un fino espíritu de artista y de hombre, que sabe que toda felicidad es transitoria y que todo dolor permanece con el hombre, ordena los acontecimientos de modo que Pancho Ríos queda solo, absurdamente solo, rotundamente solo en las silenciosas calles de «Roble Huacho», mortificado por los recuerdos y asqueado ante la suciedad moral de los que lo circundan.

El maniático «Don Rey», el indio Cayupi, Solveig, Aliro García, René Jorquera y otros personajes no nos abandonan. Quedan con nosotros, imborrables, apretando nuestro corazón para hacerlos destilar una fina amargura, dejándonos la impresión de que los hemos conocido en alguna parte, que hemos estado a su lado sin percatarnos de su dolorosa presencia. Hace muchos años, vivimos en algunos pequeños pueblos del sur, donde la lluvia y el fango se confunden con el mudo dolor de los hombres. Como en «Roble Huacho». Creemos que este libro está llamado

a un éxito completo. Así se lo deseamos a este escritor que ha sacudido nuestra sensibilidad de lectores con una obra que prestigia y enriquece a nuestra literatura.—GONZALO DRAGO.



HISTORIA CRÍTICA DE LA FILOSOFÍA (Con especial referencia a las religiones y a las ideas morales en Oriente y en Occidente), por el Dr. Manuel Sánchez Regueiro, «El Ateneo», Buenos Aires, 1947.

Schopenhauer, al comienzo de sus Estudios de Historia Filosófica (1), declara que «en lugar de leer las mismas obras de los filósofos, leer todas las exposiciones de sus teorías, o en general la Historia de la Filosofía, es como si uno quisiera que se le masticase la comida». Reconoce, en seguida, la posibilidad de una autopsia histórica del pensamiento filosófico y propone, para su consecución, seleccionar en los originales mismos aquellos capítulos que, libres de toda redundancia, sean decisivos para operar el análisis en perspectiva. Añade que se ahorrará tiempo y se conocerá la esencia de las «teorías auténticas y no falsificadas, en tanto que por las docenas de historias de la Filosofía anualmente publicadas sólo se consigue aprender lo que ha quedado de ellas en la cabeza de un profesor de Filosofía, tal como en ella se ha modificado». Refiriéndose con acritud a los que enseñan filosofía, los llama parásitos con un cerebro de tres libras, mercenarios, pobres gentes entretenidas con cátedras, comisiones, veraneos y distracciones. Es poco más de una página dura y bien templada en su dureza. Termina abogando por la «selección de los pasajes importantes y de los capítulos esenciales de los filósofos célebres, compilados en orden cronológico y pragmá-

(1) Traducción de Edmundo González-Blanco, Edición La España Moderna, Madrid. También citados por el Dr. Sánchez Regueiro.